

Fórceps obstétricos

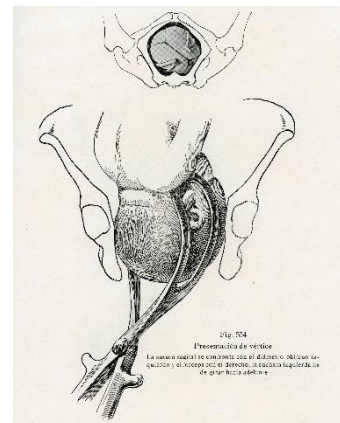
La medicina intentó desde sus inicios resolver los problemas que hacían su aparición en algunos partos, lo que los médicos denominan genéricamente como distocias. Para solucionar algunos de estos problemas, surgidos en la fase expulsiva, surgió un instrumental conocido como

“Fórceps obstétricos”.

Según el Diccionario de Términos Médicos de la Real Academia Nacional de Medicina, el vocablo “Fórceps” llega del latín “Forceps”, cuyo significado es: “Pinzas” o “Tenazas de coger”.

Al existir pinzas de dentista y de extracción de cuerpos extraños, con el mismo nombre, había que ponerle un apellido para diferenciarlo, es el de “Obstétrico” (fórceps obstétrico). El nombre de obstetra, con que se denomina al médico dedicado a la atención de la mujer embarazada y parturienta, procede de la palabra con la que los romanos designaban a la comadrona, obstetrix, derivada a su vez del verbo latino obstare que quiere decir “estar delante”.

Referente al fórceps obstétrico, queda definido de la siguiente manera: Instrumento metálico articulado con forma de pinza o tenaza, que se utiliza para extraer el feto durante la fase expulsiva del parto. Está formado por dos ramas, derecha e izquierda, que a su vez se dividen en tres partes: cuchara, que se adapta a la cabeza fetal y es fenestrada con curvatura cefálica y con o sin curvatura pélvica, según los modelos; articulación, fija o deslizante, y mango, con salientes laterales para asegurar su agarre. Hay más de cien modelos en la actualidad, cuyo uso depende más de las preferencias de la escuela que de las ventajas demostradas.



Creadores de los Fórceps Obstétricos

Aunque los orígenes de su uso son inciertos, remontándose su mención al

“Corpus Hipocraticum” y citándose después en los escritos de Sorano de Éfeso, Paulo de Egina o Abulcasis, al parecer con propósito de extracción del feto muerto. Durante el Renacimiento y el siglo XVII, aunque fueron varios los intentos, no se logró contar con un instrumento, como lo entendemos hoy. Hay consenso en un nombre: la familia de los Chamberlen. El padre, Guillaume Chamberlen (ca. 1540-1596) fue un cirujano francés hugonote que se vio obligado a huir a Inglaterra en 1576. Puso el nombre de Peter a sus dos hijos, conocidos como “El Viejo” (1560-1631) y “El Joven” (1572-1626), los cuales se emplearon como cirujanos menores y parteros, debiéndose al primero –que recibió el nombramiento de cirujano de la reina Ana en 1614 y estuvo presente en el nacimiento de Carlos II en 1630- la invención del fórceps actual.

Pero no fue el altruismo el mayor rasgo de los Chamberlen pues usaron su instrumental en secreto, vendando los ojos durante la intervención tanto a la parturienta como a las asistentes, sin darlo a conocer a sus compañeros. Hugh Chamberlen, miembro de esta larga familia de parteros, intentó vender el invento en Francia, en 1670, por 10.000 libras, al que por aquel entonces era el médico personal del rey de Francia, François Mauriceau, pero la prueba fue un fracaso que acabó con el fallecimiento de la parturienta y se liquidó la operación. Después pasó su secreto instrumento al obstetra danés Roonhuysen pero solo le vendió una de las dos ramas. Con medio fórceps el invento no funcionaba y se inició una trayectoria de uso a modo de palanca, con comercialización incluida. El hijo de Hugh no tuvo hijos varones a quienes transmitir el secreto, por lo que poco antes de morir, en 1728, dio a conocer el uso de los fórceps. Lógicamente, antes o después este ingenio llegaría al dominio público o bien surgiría alguna variación de quienes se dedicaran a la obstetricia y quisieran dar solución a situaciones en las que se precisara alguna ayuda instrumental.

En contraposición a la falta de ética médica de los Chamberlen está la actitud de Jean Palfijn (1650-1730), el inventor de las espátulas («las manos de hierro»), que con casi setenta años recorrió más de trescientos kilómetros a pie para entregarlas a la Academia de Medicina de París. Y así fue como, en 1720, Jean Palfijn dio a conocer en París su propuesta, consistente en unas a modo de cucharas adaptables a la cabeza del feto, que el partero asía de un mango de madera, si bien no eran cruzadas, por lo que su fijación no era tan eficaz.

Más precisas llegarían a ser las cucharas que ideara para convertirlas en un verdadero fórceps el gran obstetra francés del XVIII, André Levret (1703-



1780), cuyo diseño, añadiendo la “Curvatura pélvica” al instrumento, no era fruto sino del detenido estudio del parto que podemos encontrar en varias de sus capitales obras. El Museo Sanitario Dr. Andrés Esteban, del Hospital Universitario de Getafe, posee una buena muestra de fórceps entre los que se encuentran dos de Levret, como también los modelos de Franz Karl Naegele (1778-1851), de ramas más cortas, y de Etienne Stéphane Tarnier (1828-1897), quien añadió un apéndice en la parte inferior para tirar hacia abajo de la cabeza del feto.

Las técnicas obstétricas, como el fórceps, se fueron ingeniando en los siglos sucesivos y a partir del XIX su aplicación se perfeccionó hasta constituir un verdadero arte que, en las manos adecuadas, resolvió un sinfín de situaciones tenidas antes por amenazadoras para la vida e integridad de madres e hijos.